

HEREJIA ICONOGRAFICA Y QUEVEDESCA

El río Bernesga, nacido en la proximidad del Val Grande y amamantado con la nieve fundida de los montes Erbasios, desciende susurrante hacia la ciudad de León.

Fue amigo del ilustrado Jovellanos, que le dedicó encendidos versos, y enemigo del ilustradísimo Quevedo, quien le hizo responsable de aumentar sus alifafes y padeceres, cuando penaba en la prisión de San Marcos por el delito de haber sido "la mayor prez y más alta gloria de los españoles", según le definió Lipsio.

Llega el Bernesga a extramuros de la vieja ciudad, encauzado en su margen izquierda por los propios basamentos del antiguo convento y hospital de peregrinos jacobeos, mientras que a la opuesta orilla vivifican sus aguas los corpulentos árboles de un parque, cuya lozanía armoniza con el estampado floral de los parterres multicolores. Forma este conjunto una ofrenda permanente del pueblo de León al literato más grande de nuestros siglos de oro, como compensación de los cuatro años de sufrimientos y sinsabores que padeció tras los muros de San Marcos.

Visito el parque, y muy despacio me paseo por sus sendas sintiendo la frescura de la sombra que proyectan sus frondosos árboles, en tanto que mis ojos se complacen contemplando los vistosos y presumidos pavos reales, el apacible deslizamiento sobre el agua de los cisnes negros, las idas y venidas "sin ninguna utilidad" de la nerviosa ardilla...

Durante mi pausado caminar distingo entre la arboleda el busto marmóreo de un caballero de buena catadura. El decorado pilífero de su testa y rostro parece corresponder a un personaje del siglo XVII. Sobre el hombro derecho descansan las arrugas de una capa, y encima del corazón luce su ropilla una cruz de Santiago. Me detengo a observarle. Tiene una nariz tirando a judaica sin serlo; boca de labios más bien gruesos, y unos ojos con la mirada perdida hacia el infinito... Su gesto parece de desdén.

¿Quién será este caballero? Su cara no me es desconocida: esa melena, la frente ancha, los bigotes, la mosca... Pero no es tan fácil la identificación, pues puede tratarse de cualquier personaje del siglo XVI o del XVII, desde D. Juan Pérez de Montalbán hasta el mismísimo Lope de Vega. La Cruz de Santiago podría ser una buena pista si no nos llevase a tantos caballeros profesos en la Orden de Santiago a los que complacía la ostentación de su emblema sobre el pecho. Recordamos un grabado de D. Diego de Saavedra y Fajardo luciendo su cruz, lo mismo que Velázquez reflejado en el espejo del cuadro de Las Meninas, y Quevedo en tantos retratos como le hicieron... ¿Quevedo?... No, no puede ser; le faltan las antiparras, él siempre las llevó puestas.

Me acerco al pedestal y en su lápida leo una sola palabra sobre dos fechas en números romanos. Me cuesta trabajo creerlo, pone sencillamente: "QUEVEDO". Ahora recuerdo que el parque lleva su nombre, pero esta cara no lleva sus anteojos; comprendo por qué no me era desconocida,

sus facciones son correctas, como esculpidas por mano maestra, pero... Quevedo sin quevedos no es Quevedo.

Ellos han sido su Documento Internacional de Identidad, que exhibió en vida de 65 años por todos los países de Europa, y en muerte de cuatro siglos por el mundo entero, como lo dicen la infinidad de pinturas, grabados y esculturas que se encuentran repartidos por todo el orbe.

Velázquez le hizo varios cuadros, en todos vemos sus antiparras. Lo mismo que en los de Pantoja y Murillo. Este último le retrató cuando, joven Quevedo, aún no lucía mostachos ni barba, y sin embargo se le identifica con rapidez, gracias a sus anteojos.

Los lleva, también, en el cuadro de Pacheco, y no fueron óbice para que le colocara una merecida corona de laurel sobre su cabeza.

En un grabado que representa la subida de Quevedo al Parnaso, le vemos saludando con gran reverencia a las nueve musas, barriendo con las plumas de su chambergo el polvo del suelo que pisan las deidades. No se le caen por eso los anillos... de sus ojos.

Ni siquiera en el valle de Josafat se quitó sus lentes imprescindibles, pues con ellos le representa Gaspar Bouttats en el grabado que realizó para la edición de Amberes en 1699 de los "Sueños", correspondientes a "Las Zahurdas de Plutón" y al "Sueño de las Calaveras". En él vemos a un Quevedo perseguido por aquellas mujeres a las que, en vida, trató con grosería y desconsideración, en medio del gran barullo de un quevedesco Juicio Final.

En la cubierta del tomo II de una edición, tan alejada de su vida como es la de 1841 contemplamos el ambiente de una tafurería llena de pícaros, hampones, tahures y busconas, rodeando un alto pedestal sobre el que se alza el busto del inmortal D. Francisco con sus no menos inmortales antiparras.

Tampoco está reñido el arte escultórico con los lentes. Pues aunque Mirón no se los pusiese a su "Discóbolo", ni Fidias a su "Atenea" ni a "Júpiter", ni el gran Miguel Angel a su "David", no hay razón para que se los quiten a nuestro Quevedo. Aquellos personajes de la antigüedad tendrían tan buena vista como sus escultores. Bien es verdad que se sabía muy poco por entonces sobre la corrección de los defectos de refracción por medio de cristales.

Hoy día no se puede admitir una estatua de Quevedo sin el artilugio preocular al que dio su propio apellido y del que recibió el atributo más característico de su semblante. Sirva de ejemplo a imitar el monumento que se levanta en la glorieta de Madrid de su mismo nombre; obra realizada por Querol en 1902. Le vemos de cuerpo entero, en actitud gallarda, sobresaliendo por encima de la multitud y contemplando el tráfico de la gran ciudad a través de sus típicas antiparras.

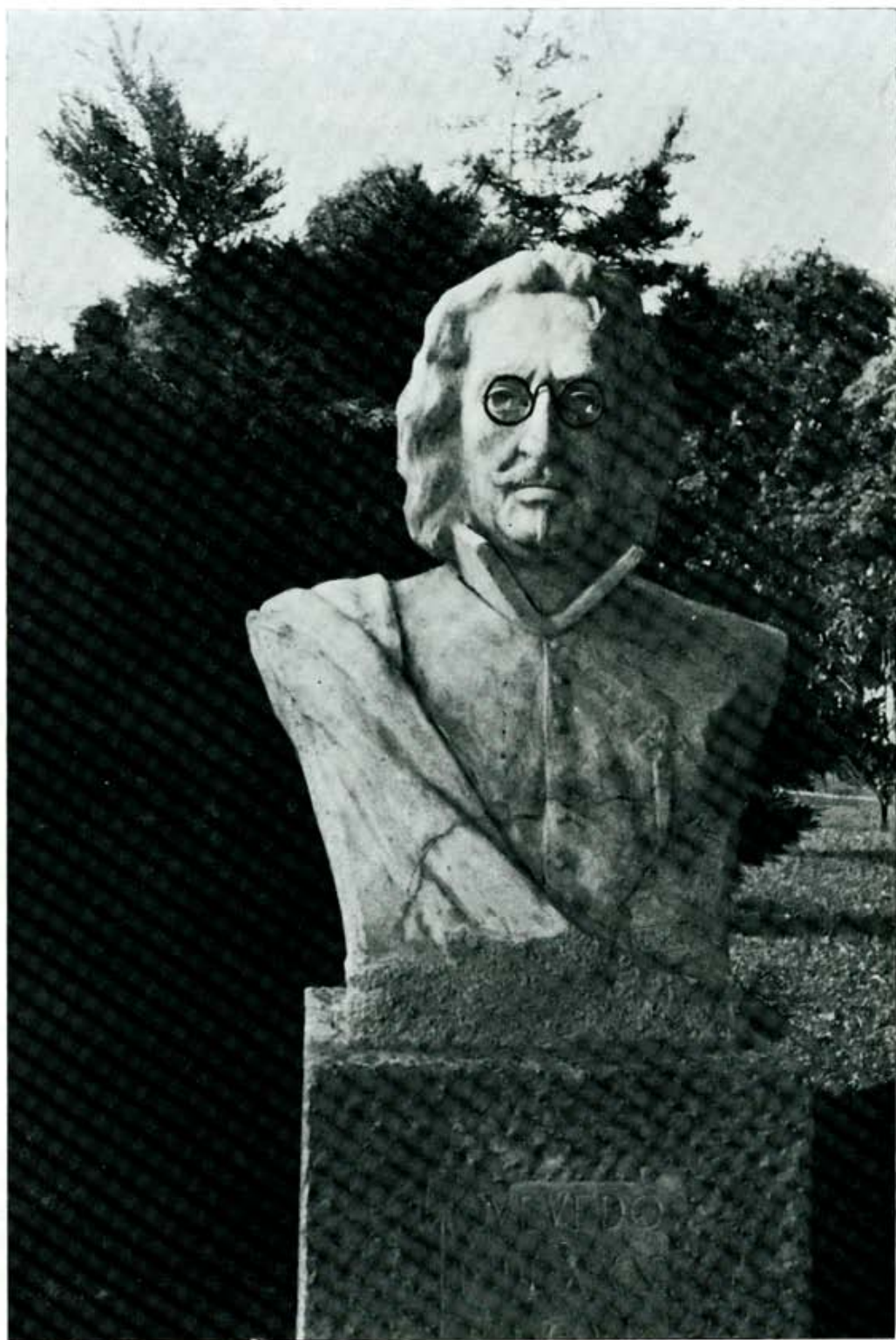
En opuesta figura escultórica y con referencia a otra persona, pudo el pueblo de Madrid reverenciar la estatua yacente en que se convirtió el cadáver de D. Enrique Tierno Galván, el querido Alcalde de la Villa y Corte, al que con todo acierto y respeto le colocaron sus gafas de viejo profesor.

León no es ciudad dada a levantar estatuas a hombres egregios. Durante muchos años no hemos tenido más que una: la de Guzmán el Bueno. Pero, eso sí, con su puñal obligatorio en la mano. Ahora ya hay alguna más. Una, en el Jardín de San Francisco, representando a D. Claudio Sánchez Albornoz y ¿cómo no? tiene bien colocadas las gafas con las que pudo ver la vida de León desde una distancia de mil años y podrá seguir mirando la actual y la del futuro. También puede contemplarse en el paseo de la Condesa de Sagasta una especie de monumento al ciclista desconocido. Su bicicleta son unos enormes quevedos, sobre los que pedalea sin perder la ilusión por un premio que nunca alcanzó.

No negamos que pueda encontrarse iconografía quevedesca desprovisto el personaje de las



Sin "quevedos".



Con "quevedos".

dos circunferencias enmarcando sus ofuscados ojos. De tal manera puede vérselo en la edición de sus obras editada en Amberes en 1699. En uno de los grabados, Quevedo se encuentra rodeado de querubines barrocos representando cada cual a una de sus obras. En otro está soñando sus "Sueños". Acaso Clowet, el autor de los dibujos, pensó que en la Gloria no hacen falta las antiparras, y que tampoco se necesitan para reconocer a las personas con las que se sueña. Pero lo más probable es que habiendo transcurrido ya 154 años de la muerte de Quevedo el dibujante ignorase su físico.

Las antiparras para Quevedo fueron su vida. Gracias a ellas la salvó varias veces. Recordemos dos como muestra: una por quitárselas a tiempo y otra por llevarlas bien puestas. Se las tuvo que quitar cuando supo que le perseguían los espías venecianos para darle muerte. Con ellas puestas de nada le hubiera servido el disfraz de mendicante andrajoso, ni tampoco su saber políglota que le permitió pedir limosna en italiano con acento de Nápoles. Las llevaba bien pinzadas en su nariz el día que vio a un hombre maltratando a una dama. El caballero de las antiparras le afeó su conducta; riñeron y Quevedo fue más diestro, dando muerte a su adversario.

Dice su biógrafo Pablo Antonio de Tarsia que era "tan corto de vista que usaba *continuamente* anteojos". Esta continuidad ha sido interrumpida en León, donde también se le interrumpió su libertad. Como si fuese otro castigo.

En vida su cara destacaba entre las de sus coetáneos, porque eran tiempos en los que muy poca gente se hacía correcciones oculares, por considerar que el uso de lentes era propio de individuos enfermizos y dignos de lástima, salvo algún "snob" que los usaba sin necesidad para presumir de intelectual.

Quevedo no ocultó jamás sus defectos físicos. Más bien se burló de ellos, satirizando tanto su cojera como su miopía. En uno de sus famosos "Memoriales" dice que es "tan corto de vista como de censura", y añade "falto de pies y de juicio también". Se tituló así mismo como "poeta de cuatro ojos" en sus "Premáticas y Aranceles Generales"... Muy lejos nos llevaría recopilar todas las burlas, agudezas y chistes que dedicó a sus ojos cegaratos y a su renqueante pierna.

Hombre belicoso y valiente, gran esparachín con la espada y la pluma, sin sus "cuatro ojos" no hubiera podido dar aquella lección de esgrima a D. Luis Pacheco Narváez, cuando le quitó el sombrero de un botonazo, en seria competición. Demostrando con ello la falsedad de la teoría de la espada y su manejo, dada a conocer en pintoresco libro escrito por D. Luis.

Sin sus famosos lentes no habría conocido "de visu" todos los estratos de la sociedad que le tocó vivir y plasmarla en unos escritos, que son deleite de generaciones y la mayor gloria de las letras españolas. Ni las sociedades que no le tocó vivir, hubieran podido conocer la "vera facies" del genio, impresa en documentos tan respetables y serios como son los sellos de Correos de 4 y 12 pesetas y los billetes del Banco de España de 5 duros...

Vuelvo sobre mis pasos y salgo del parque con la obstinada imagen de unos quevedos inquietando mis pensamientos y que me obligan a entrar en la tienda de un anticuario. Allí, en el fondo de un viejo cajón, destartado y sucio, bajo un sin fin de objetos invendibles y desusados, encuentro unas antiparras...

Sí, son como las de Quevedo. Con el corazón alborozado y mi tesoro en la mano vuelvo al parque. Llego ante la estatua y lentamente me acerco a ella mientras voy susurrando: "Señor don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero profeso en la Orden de Santiago, Hijodalgo y Padremucho, Señor de la Torre de Juan Abad. Al que Cervantes llamó hijo de Apolo y también "Monstruo de Naturaleza", como se designó al gran Lope. Conocido entre los rufianes como "Patacoja" y reconocido por Lope de Vega con el apelativo de "Príncipe de los líricos"... Con el mayor de los respetos solicito de Vuesa Merced seáis servido de aceptar el presente de vuestras zozobradas anti-

parras"... (Suavemente ajusto los quevedos sobre la prominencia nasal de su dueño)... Ahora sí es Quevedo. El que en vida podía "escuchar con sus ojos a los muertos", podrá, en muerte, ver con sus ojos a los vivos... "Quede con Dios Vuesa Merced, porque aquí por la noche no hay más compañía. En verdad que "os sobran los días y los años fugitivos"...

El sol comienza a recatarse tras la altiplanicie de Montejos, al tiempo que se oye el tañido de un cuerno de caza anunciando el cierre del parque.

He regresado al hogar, pasando al otro lado del río por el puente de San Marcos, sintiendo en mi alma la deliciosa impresión de haber cumplido con mi deber de médico: aliviar y consolar cuando no se puede hacer otra cosa.

Los jardines han quedado confundiendo colores. El guarda del Parque en su última ronda se acerca al busto de Quevedo; "¡Vaya! ¡Otra vez los gamberros! No más lejos que ayer arrancaron las plumas al mejor de los pavorreales y ahora ponen unas gafas a este señor... ¡Cuanto daño sin utilidad para nadie!... ¡Cuanta incultura!...

El parque en su abandono se llena de oscuridades y silencios. Sólo le da vida el triste y doloroso gemido de un pavorreal sin cola.